

de Batthyany y con un cuerpo auxiliar sajón, llegando á juntar 70,000 hombres. El hábil estratégico conde Traun tomó el mando con Carlos de Lorena y, sin librar batalla, obligó al rey á emprender una retirada que causó infinitas bajas en sus filas. Los austriacos recobraron á Praga, y cuando los prusianos abandonaron el país, siguióles el ejército austriaco que estableció sus cuarteles de invierno en Moravia. Federico II no consiguió otra cosa sino que los austriacos evacuaran la Baviera y solo conservaran en aquel país á Passau, Braunau y Regensburg.

Carlos VII pudo al fin reunirse con su ejército bávaro y llegar á Munich; pero allí falleció al poco tiempo (20 de enero de 1745) de una afección al corazón que se le agravó cuando recibió en la capital la triste noticia de una nueva derrota sufrida junto al Vils. Su carácter era noble y amable; podía haber reinado en paz y haber hecho feliz á su pueblo, pero las instancias de su padre y la política francesa le hicieron emprender una senda en la cual no podía sostenerse por sus propias fuerzas. Ya en Francfort había exclamado con tristeza: «La desgracia no me abandonará hasta que yo la abandone á ella.» Con su muerte cambió por completo la situación. En Baviera se quiso por algún tiempo continuar la guerra, á fin de obtener una paz mas favorable; pero esta esperanza desapareció con la noticia de haber sido derrotados los franceses en Pfaffenhofen (15 de abril), y como María Teresa estaba decidida á renunciar á todo pensamiento sobre la Baviera, firmóse la paz en Füssen en 22 de abril. Austria reconoció á Carlos VII como emperador, devolvió á Baviera las comarcas que le había conquistado y renunció á toda indemnización de guerra. El joven elector, Maximiliano José, desistió de toda pretensión sobre el Austria, reconoció el voto electoral de Bohemia y prometió dar al Austria en cambio de los subsidios ingleses, un cuerpo de ejército auxiliar. Con Baviera quedaban pacificadas la Alemania Meridional, Colonia y el Palatinado; Hesse permanecía neutral; Sajonia se hizo aliada del Austria la cual pudo entonces de nuevo disponer de una gran parte de las fuerzas militares de Alemania. En esta situación María Teresa solo pensó en la guerra con Prusia y en reconquistar la Silesia. La liga formada en Varsovia (8 de enero de 1745) entre Inglaterra, Holanda, Austria y Sajonia, alentaba sus esperanzas; pero la ventaja positiva, en esta lucha gigantesca, fué únicamente para el valiente príncipe que solo, sin consideración alguna y audazmente luchaba por su propia causa. Federico II consiguió entonces en las cordilleras de Silesia una multitud de victorias, tales como las de Habelschwert (13 de febrero), Hohenfriedberg (14 de junio), Soor (30 de setiembre), Hengersdorf (27 de noviembre) y Kesselsdorf (15 de diciembre). A pesar de esto, el rey deseaba firmar cuanto antes la paz con el Austria. Inglaterra excitaba á la reina á firmarla y de un modo algo inconveniente, hasta el punto de entrar en 26 de agosto con tal fin en un convenio con Federico II; pero María Teresa se negó á aceptar un tratado, esperando alcanzar una importante victoria y ver de cambiar el estado de las cosas. En su indignación, prefería hacer la paz con Francia solo para recobrar la Silesia, «joya de la casa de Austria.» La esperanza de un auxilio por parte de Rusia para el siguiente año fortalecía su resistencia. Cuando despues de la batalla de Kesselsdorf, la Sajonia se separó de la alianza de Austria y María Teresa se encontró, al parecer, aislada, conformóse con la fuerza de su desgracia, y, en 25 de diciembre de 1745, firmóse la paz de Dresde separadamente entre Prusia y Sajonia y entre Prusia y el Austria. En su esencia, esta paz no fué mas que la confirmación de los tratados de 1742: Federico II y María Teresa se garantizaron mutuamente sus posesiones; pero el Austria perdió en definitiva la Silesia. Como el

tratado comprendía al Hanover, á Hesse-Kassel y al Palatinado, resultó desde luego una paz general para el reino, aunque no estuvo formalmente garantida hasta 1751. En Viena no estaban contentos ni el gobierno ni el pueblo: la noticia de la paz causó un efecto tan triste como la de una derrota: todos se quejaban de las faltas cometidas por los jefes, especialmente por el duque Carlos de Lorena. Silesia no había sido reconquistada, se había devuelto la Baviera y el poder de Austria en Alemania había quedado debilitado para siempre. Solo uno de sus deseos vió cumplido María Teresa: la elevación de su esposo al trono imperial.

Tanto en las empresas guerreras como en las negociaciones políticas, María Teresa se mostró activa: ya en el mes de junio, despues de la batalla de Hohenfriedberg, Traun había operado de tal manera con el ejército alemán, que pudo asegurar la ciudad de Francfort contra cualquier ataque de los franceses. El gran duque en persona se unió al ejército; pero el asunto de la elección avanzaba muy lentamente, á causa de la oposición de los electores de Brandeburgo y del Palatinado. Baviera y Sajonia vacilaron también durante mucho tiempo; de suerte que el Austria solo podía contar como seguros los votos de Maguncia, Tréveris y Hanover. Aliada como estaba la Prusia con Francia, el Austria parecía ser la única potencia que podía defender la Alemania; por esto los electores fueron poco á poco pronunciándose en su favor. La comisión electoral de Bohemia fué entonces admitida en el cuerpo electoral y en 13 de setiembre de 1745 fué elegido rey de romanos por siete votos el gran duque de Toscana, el cual fué coronado en 24 de octubre del propio año. María Teresa estuvo también en Francfort; y aunque no se dejó coronar alegando fútiles pretextos, se mostró grandemente satisfecha de la coronación de su esposo porque en ella veía la fama de su familia y el restablecimiento del antiguo orden de cosas, por mas que durara todavía la guerra con Francia.

Los tratados de paz de Füssen y de Dresde habían puesto fin á la guerra propiamente dicha de sucesión en Austria. Al principio de esta guerra, María Teresa se proponía únicamente conservar la sucesión hereditaria y la posesión de las comarcas heredadas; pero despues de pérdida la Silesia, procuró indemnizarse de esta pérdida, apoderándose de la Baviera. En la segunda guerra de Silesia quiso reconquistar esta provincia; y aunque no pudo conseguirlo, logró que sus derechos de sucesión quedasen reconocidos y que el Austria fuese nuevamente considerada como potencia alemana y europea. En Europa había renacido el convencimiento de que el Austria no era un caos de pueblos bárbaros, sino un fuerte Estado cuya existencia interesaba no solamente al pueblo austriaco sino también á los Estados europeos.

La guerra contra Francia duró todavía tres años y su resultado, á pesar de las alternativas que sufrió, no fué favorable al Austria. En 1745, los austriacos llevaban la peor parte en Italia: los españoles entraron en Milan, y llegó un momento en el cual María Teresa escribió: «Todo lo doy por perdido en Italia.» El excelente general Browne restableció el equilibrio, arrojando á los españoles de Milan, conquistando á Parma y Plasencia, destruyendo á Boccheta y Génova y organizando la expedición al Sur de Francia que se adelantó á causa de la sublevación de Génova, promovida por los franceses. En los años 1747 y 1748 la guerra en la Alta Italia perdió gran parte de su intensidad. El rey de España, el débil Felipe V, había muerto en 1746 y su sucesor Fernando VI, no estando dispuesto á hacer grandes sacrificios por su hermanastro, Don Felipe, quería sacar de Italia, sin grandes pérdidas, las tropas españolas. La cuestión decisiva, como en todas las luchas entre la raza germánica y la latina, se ventilaba en los Países Bajos. María Teresa, á pesar de

reconocer que en esta cuestión estaban interesadas las potencias marítimas y de proteger por tanto con todas sus fuerzas á sus aliados, cometió la falta de confiar nuevamente el mando del ejército al duque de Lorena, el cual no pudo restablecer su quebrantada fama militar. El ejército aliado de Austria, Holanda é Inglaterra contaba, en 1746, 90,000 hombres y, en 1747, 140,000, entre ellos 47,000 austriacos,

cifra que, en 1748, se elevó á 60,000. Los franceses llevaban, en general, la ventaja, pues conquistaron las plazas de Amberes y Bruselas y derrotaron á los aliados en Rocoux (1746) y en Laveld (1747), sitiando además, á las órdenes de Mauricio de Sajonia, la fortaleza de Maestricht, todo lo cual en concepto de María Teresa no era mas que un aparato militar para obtener una paz favorable,



Carlos Alejandro de Lorena. Copia de un grabado en cobre de A. du Boulois

Todas las potencias estaban cansadas de la guerra y deseaban la paz, siendo Holanda la que con mas interés la pedía (1). Las negociaciones que para ello se entablaron en Breda, en 1747, fracasaron; pero á las pocas semanas, el rey de Inglaterra presentó el proyecto de reunir un congreso en Aquisgran, que se inauguró en 1748. Las primeras negociaciones que allí se entablaron no fueron muy favorables al

(1) A. Beer *Holanda y la guerra de sucesión austriaca*. Archivos para la historia de Austria, tomo 46, pág. 382. *Historia de la paz de Aquisgran*, tomo 47, pág. 1-197.

Austria, pues las potencias marítimas parecían dispuestas á posponer los intereses austriacos á los de Prusia y Cerdeña. Por esto, María Teresa miró con desconfianza las negociaciones posteriormente entabladas, procurando obtener, como ella decía, no lo mejor sino «lo menos malo.» El conde Kaunitz, que representaba al Austria, recibió el encargo de llegar separadamente á un arreglo con Francia, para poder luego entenderse claramente con Inglaterra. Pero era tarde, pues las potencias marítimas se unieron á Francia, como en Nimega y en Utrecht, para firmar una paz separada, á costa del Austria y sin prívio acuerdo con ella. Solo de mala gana